

El olvido de la filosofía. La evolución y el diseño en la educación norteamericana

Walter Redmond

Jedenfalls bin ich überzeugt

daß [Gott] nicht würfelt

Albert Einstein

Neque enim dubitabam

—qualecumque esset quod faterentur—

pertinaciam certe et inflexibilem obstinationem

debere puniri

Plinio el joven¹

La enseñanza de la evolución

En el “Monkey Trial” (juicio de los monos) de 1925 en EEUU, el célebre abogado Clarence Darrow no logró que se absolviera a John Stokes, joven maestro acusado de enseñar en su clase de biología que los hombres han descendido de los monos. Ahora la evolución se enseña comúnmente en los colegios del estado, pero los desafíos al darwinismo no han disminuído y se acaba de celebrar un segundo “Monkey Trial”. En estos debates la palabra “filosofía” casi nunca se oye, pero veremos que la perspectiva filosófica cambiará esencialmente el tenor de la discusión.

En veinte estados se han propuesto leyes recientemente por iniciativa de grupos religiosos, que limitarían la enseñanza del darwinismo, exigiendo que la teoría se discuta críticamente o que se presenten teorías alternativas. Antes, en 1968 y en 1987, la corte suprema de los EEUU había abrogado las leyes estatales que requerían la enseñanza del “creacionismo”, pero en una opinión disidente el juez Antonin Scalia

¹ Einstein: “En todo caso estoy convencido de que [Dios] no juega a los dados”, Carta a Max Born, 4 de diciembre de 1926, Einstein und Born/ Briefwechsel, 1969, p. 130. Plinio, gobernador de Bitinia: “Pues yo en absoluto dudaba —sean cuales fueran sus creencias [de los cristianos]—, que había que castigar su terquedad e inflexible obstinación”, carta al emperador Trajano, hacia 112.

dijo que los cristianos fundamentalistas tenían el derecho de escuchar la evidencia en contra de la evolución. Ahora grupos teístas insisten en que se permita “enseñar la controversia” (explicar las dos posturas), y sobre todo exponer el “diseño inteligente”. La Asociación Internacional de Escuelas Cristianas (que representa más de 800 colegios) entabló una demanda contra el Sistema de las Universidades de California por desconocer sus cursos de ciencia donde se critica la teoría de la evolución.²

Los que quieren excluir toda mención de Dios en la clase de biología niegan que exista una controversia y condenan el diseño inteligente sin más como una treta para no mencionar el “creacionismo”. Trae a la memoria la vieja controversia en la iglesia católica sobre “el error no tiene derechos”. Los defensores del diseño contestan que ni siquiera usan la palabra “Dios”; sólo dicen que los mecanismos complejos de la naturaleza “parecen ser diseñados porque lo son.”

En el segundo “Monkey Trial”, un grupo representado por dos poderosas organizaciones legales demandó al comité educativo de un pueblo pequeño que permitió que se leyese en la clase una breve declaración que menciona el diseño inteligente. El equipo demandante pretende probar que “el diseño inteligente no es ciencia porque no sigue las reglas básicas de la ciencia, no está basada en las explicaciones naturales, no es comprobable”.³

La población estadounidense parece dudar siempre más de la evolución. Según una encuesta reciente, el 54% no cree que los hombres se hayan desarrollado de especies anteriores— en 1994 esta cifra fue el 45%. Además, el 64% opina que Dios crea el hombre “directamente”.⁴ Según otro estudio el 42% piensa que los seres vivos siempre han tenido su forma actual y el 48% que los hombres han evolucionado; de éstos el 18% afirma que la evolución ha sido dirigida por un ser supremo. El 38% prefiere que el creacionismo reemplace al evolucionismo en la clase, y el 64% no se opone a que se presenten los dos puntos de vista.⁵

Hay que juzgar estas controversias, con sus estadísticas, en el marco de la actual guerra cultural, en la que la gente tradicional siente que su concepción de la vida, de la familia y de las normas de conducta es despreciada siempre más abiertamente por las fuerzas “liberales” del país y suprimida cada vez más por las nuevas legislaciones promovidas por estas fuerzas.

Los contrincantes

Hay varias posturas o racimos de posturas en el debate. Llamamos “evolucionistas” a los que aceptan la evolución como es definida por la investigación científica actual

² Austin American Statesman, 28 de agosto de 2005, p. A1.

³ Ver The New York Times, 26 de septiembre de 2005. El pueblo es Dover en el estado de Pensilvania; las organizaciones son la America Civil Liberties Union (de Pensilvania) y Americans United for Separation of Church and State. El proceso comenzó el 27 de septiembre de 2005 en la corte federal de Harrisburg.

⁴ Encuesta Harris, 7 de julio de 2005.

⁵ Pew Forum on Religion and Public Life y el Pew Research Center for the People and the Press, 7-17 de julio de 2005 (margen de error 2.5%); New York Times reportado en el Austin American Statesman, 31 de agosto de 2005, p. A11.

(junto con sus desacuerdos internos). Consideran que las dos leyes de la evolución, el origen de las mutaciones y la selección natural (con la deriva genética, la selección sexual, etc.), explican el derrotero de los organismos vivos. Sin embargo, no se trata de una lucha entre la ciencia y la religión porque mucha gente religiosa es evolucionista (y muchos científicos son religiosos).

“Naturalista” es una explicación (científica, filosófica...) sin Dios; “teísta” la que acarrea la noción tradicional de Dios. La expresión “método científico” puede despreciarse si se entiende como si las ciencias naturales representaran el único tipo de argumentación válida, pues los varios procedimientos de la filosofía, por ejemplo, también son racionales.

Los “diseñistas” (valga la expresión) aceptan la evolución en algún sentido, pero divisan un “diseño inteligente” en el proceso. Algunos diseñistas niegan que la teoría de la evolución pueda explicar *toda* la complejidad de la naturaleza, específicamente, la súbita aparición de nuevas especies (por ejemplo, la explosión de formas de vida en el período Cambriano) sin la intervención de una inteligencia. Otros diseñistas admiten la posibilidad de que las leyes de la evolución den cuenta del desarrollo de la vida, pero dicen que hay que suponer una inteligencia detrás de estas leyes. Los evolucionistas naturalistas niegan que el proceso evolutivo sea “dirigido”, y los diseñistas niegan esta suposición.

Seguimos aquí la concepción tradicional de “ciencia” (a veces llamada “naturalismo metodológico”): la búsqueda de explicaciones de los fenómenos naturales: explicaciones que son naturales (abarcadas por la naturaleza) y falsables por más experimentación u observación. Los evolucionistas que hacen caso omiso del papel de una inteligencia en el proceso evolutivo consideran que tal papel, por definición, no puede comprobarse ni falsarse “en el laboratorio”. No es naturalmente falsable, dicen, porque no puede haber evidencia en contra. Esta tesis hace pensar en el célebre artículo del filósofo británico Antony Flew, reimpresso una y otra vez en los textos universitarios de introducción a la filosofía y sobre todo de filosofía de la religión: Flew sostuvo que la palabra “Dios” carece de sentido porque no podría haber evidencia contra su existencia.⁶

Entendemos “fe religiosa” en el sentido de Santo Tomás de Aquino como aceptación de proposiciones religiosas que no son apoyadas por la evidencia natural.⁷ Tomaremos “filosofía de la religión” (o “teología filosófica”, “teología natural”...) como una reflexión racional sobre proposiciones religiosas aceptadas en base a la razón, no por la fe religiosa. “Religión” es un término ambiguo; para el creyente —que no es fideísta (“*sola fides*”)— incluye la razón.

⁶ “Theology and Falsification”, *New Essays in Philosophical Theology*, ed. Flew y A. MacIntyre, 1955. Su tesis fue contestada por R. M. Hare, B. Mitchell y otros (University).

⁷ Véase Redmond: “A Logic on Religious Faith and Development,” *The Rationality of Theism*, ed. A. G. de la Sienra, (Poznan Studies for the Philosophy of the Sciences and of the Humanities, Leszek Nowak) Amsterdam: Rodolpi, pp. 35-59, 2000. “Eine Logik der religiösen Hoffnung,” *Theologie und Glaube* (Paderborn, Alemania), n. 4, 1992. “A Logic of Faith,” *International Journal for the Philosophy of Religion*, n. 27, 1990.

No intención sino casualidad

Alguna vez en la historia de la filosofía los argumentos teleológicos de la existencia de Dios (o los argumentos “del diseño”) gozaron de mucho prestigio. Se percibía “teleología” (de “telos” en griego: fin, propósito) en el funcionamiento de la naturaleza: dirección, intención, orden, *logos*. A primera vista el razonamiento parece obvio (ni siquiera Hume lo despreció enteramente). William Paley, por ejemplo, explicó que cuando vemos un reloj no podemos sino suponer un relojero; asimismo, cuando consideramos los fenómenos de la naturaleza (como el ojo) —por lo demás mucho más complejos—, debemos reconocer una inteligencia detrás de ellos.⁸

Todo cambió después de la publicación del libro de Darwin, *Del origen de las especies* (1859), y sobre todo después de los avances en la genética. Los filósofos de la religión callaban la argumentación teleológica casi por completo. Es fácil ver por qué. La selección natural presupone la *mutación*: la aparición de ciertos organismos fuera de lo común. Un número reducido de estos mutantes tendrá una ventaja en la lucha por la existencia y junto con otros cambios se irá formando una nueva especie. La mutación ocurre cuando, en el gameto del organismo, se altera el ADN que lleva su código genético. Ahora bien, el punto decisivo es que la mutación se debe al *azar*. La alteración de una molécula de ADN se debe a los efectos de la radiación, de los “errores” de replicación, de influjos químicos, etc. Pero todas estas causas son *fortuitas*—ocurren “sin pensar”.

Tal aleatoriedad parece cortar de tajo el corazón de los argumentos basados en el diseño. Por ejemplo, Santo Tomás dice en su argumento teleológico, la quinta de las “cinco vías” (maneras de mostrar la existencia de Dios):

los cuerpos naturales funcionan por algún fin.
Es claro porque siempre o usualmente funcionan de la misma manera
para conseguir lo que les es más ventajoso.
Es evidente, pues, que llegan a su fin
no por casualidad sino por intención.⁹

Pero la ciencia parece decir: *no es por intención sino por casualidad* que las cosas consiguen “lo que les es más ventajoso”.

La duda de Darwin

Pero las cosas se están cambiando en la filosofía. Hasta Flew admite ahora que algún tipo de inteligencia o primera causa tuvo que haber creado el universo, de manera que parece aceptar la validez de algún razonamiento teleológico.¹⁰ Los argumentos del

⁸ Natural Theology, or Evidences of the Existence and Attributes of the Deity collected from the Appearances of Nature, 1802.

⁹ “...corpora naturalia operantur propter finem. Quod apparet ex hoc quod semper aut frequentius eodem modo operantur ut consequantur id quod est optimum. Unde patet quod non a casu sed ex intentione perveniunt ad finem.” Suma teológica, 1:2:3.

¹⁰ Citado por la Associated Press, 9 de diciembre de 2005.

diseño han resurgido, y con creces. El filósofo George N. Schlesinger se queja de las “calumnias” que han sufrido los argumentos teleológicos después de Darwin— y para su vergüenza, inclusive por parte de los pensadores religiosos.¹¹ El y otros filósofos proponen nuevos argumentos que son inmunes a la evolución o la suponen, o incluso la apoyan.¹²

Un ejemplo es el filósofo Paul Davies. El universo, dice, es un “*put-up job*” (proyectado de antemano), y concluye

muchas de las estructuras físicas importantes del universo, incluyendo los organismos vivientes, dependen decisivamente de la forma exacta de las leyes de la física. Si el universo hubiera sido creado provisto de leyes ligeramente distintas, no sólo nosotros (ni cualquier otra gente) no estaríamos para presenciarlo, sino también es dudoso que hubieran siquiera cualesquier estructuras complejas.¹³

Se notará que ésta no es una teoría “intervencionista”, pues no implica que Dios interfiera la marcha de la legalidad física.

Algunos incorporan la compleja teoría de la *probabilidad* en su argumentación. Schlesinger muestra por qué, dada la existencia del universo, la probabilidad de la explicación naturalista del universo y de su desenvolvimiento es menor que la de la explicación teísta. Al filósofo Alvin Plantinga le parece *irracional* aceptar las explicaciones naturalistas de la evolución porque no pueden explicar cómo solemos pensar correctamente en primer lugar. W. V. O. Quine y K. Popper creen que el hecho de haber salido ilesos en la lucha por la existencia asegura que aciertan nuestras ideas sobre el mundo, pero Darwin no estaría de acuerdo:

En mi caso, siempre la horrible duda surge de si las convicciones de la mente del hombre, desarrollada de la mente de los animales inferiores, sean de valor o confiables en absoluto. ¿Confiaría alguien en las convicciones de la mente de un mono, si es que hay convicciones en semejante mente?¹⁴

¹¹ New Perspectives on Old-time Religion, Oxford, 1988 (praesertim pp. 124-148; alia argumenta 124-38, 141-4, 147-8), in Philosophy of Religion/ The Big Questions, pp. 117-8, 124.

¹² Véase Redmond, “Casu an consulto? Evolutio atque epistemologia in recenti philosophia religionis tractata”, en Sensus communis, tomo 4 (2003), número 4 (septiembre-octubre), pp. 375-398 (también: http://www.enricomariaradaelli.it/aureadomus/thesaurus/thesaurus_indice.html).

¹³ “The upshot of these studies seems to be that many of the important physical structures in the universe, including living organisms, depend crucially on the exact form of the laws of physics. Had the universe been created with slightly different laws, not only would we (or anybody else) not be here to see it, but it is doubtful if there would be any complex structures at all.” Superforce, Nueva York, 1984, p. 243.

¹⁴ “With me the horrid doubt always arises whether the convictions of man’s mind, which has been developed from the mind of the lower animals, are of any value or at all trustworthy. Would any one trust in the convictions of a monkey’s mind, if there are any convictions in such a mind?” Carta a W. Graham, 3 de julio de 1881, The Life and Letters of Charles Darwin, ed. F. Darwin, (Londres, 1887), 1:315-316. Popper: Objective Knowledge, An Evolutionary Approach (Oxford, 1972), p. 261; Quine: “Natural Kinds”, Ontological Relativity and Other Essays (Nueva York, 1969), p. 126.

Plantiga concluye, después de una minuciosa argumentación, que

la epistemología naturalista florece mejor en el jardín de la metafísica sobrenaturalista. La epistemología naturalista, cuando se junta con la metafísica naturalista, conduce por vía de la evolución al escepticismo o a la violación de los cánones de la racionalidad; no es así, sin embargo, cuando se junta con el teísmo. El epistemólogo naturalista, pues, debe preferir el teísmo a la metafísica naturalista.¹⁵

Por intención

La doctrina del origen de las mutaciones parece bien establecida; ¿sigue siendo válida, pues, la intuición de un Santo Tomás o un de Paley? Veamos. Demos un paso atrás y enfoquemos *todas* las leyes físicas— no sólo las de la evolución (mutación y selección natural) sino también, digamos, “la ley del viento” (las moléculas del aire se desplazan de un área de más presión a una de presión más baja). Como leyes de la naturaleza, no hay ninguna diferencia entre el soplo del viento y la alteración de una molécula de ADN. La alteración misma sigue las leyes físicas, y cualquier aleatoriedad estaría ya abarcada por ellas.

En sus “cinco vías” Santo Tomás quiere mostrar que ciertos aspectos de la naturaleza que no dan cuenta de su propia existencia apuntan más allá de sí mismos. La existencia de la legalidad física sugiere un entendimiento (así como el proceso natural supone una causa que haga que el proceso sea y siga siendo y la contingencia y el valor indican alguna fuente del ser y del valer).

Los que alegan que tal razonamiento no vale “por ser errónea la ciencia de Santo Tomás” no comprenden lo esencial: su razonamiento no es científico sino filosófico, y su razonamiento filosófico tiene que ver más con el *ser* que con el ser-así. El historiador S. Tugwell recalca que para Santo Tomás

no es realmente la complejidad e ingeniosidad maravillosas de las cosas lo que pone nuestra mente sobre aviso en cuanto a la realidad de Dios, sino las implicaciones metafísicas de unas observaciones muy sencillas, a partir del hecho primario de estar ellas ahí en primer lugar.¹⁶

¹⁵ “Once again, therefore, we see that naturalistic epistemology flourishes best in the garden of supernaturalistic metaphysics. Naturalistic epistemology conjoined with naturalistic metaphysics leads via evolution to skepticism or to violation of canons of rationality; conjoined with theism it does not. The naturalistic epistemologist should therefore prefer theism to metaphysical naturalism.” *Warrant and Proper Function* (Oxford University Press, 1993), p. 237; en *Philosophy of Religion/ The Big Questions*, p. 138.

¹⁶ “For Thomas, it is not really the marvelous complexity and ingenuity of things that alerts the mind to the reality of God, it is rather the metaphysical implications of very simple observations about things, beginning with the primary fact of their being there at all.” *Albert and Thomas/ Selected Writings*, editado, traducido e introducido por Simon Tugwell, O.P (Paulist Press, Nueva York, 1988), p. 213. Este vínculo con la existencia indica que no se trata del ontologismo.

Desde esta perspectiva la acción del viento es tan enigmática metafísicamente como la evolución del cerebro humano. Lo importante es que la apelación a la evolución no le ayuda a quien pretenda refutar la argumentación teleológica de Santo Tomás; le sería más útil buscar razones explícitamente filosóficas.

Filosofía y diseño

La confusión más grande —y la sorpresa— en el complejo debate actual sobre la enseñanza de la evolución es que los rivales —tanto diseñistas como antidiseñistas— no hablan de “filosofía” sino sólo de “ciencia” y “religión”.¹⁷ Sin embargo, la argumentación es *esencialmente filosófica*. Es cierto que el diseñista hace “ciencia” cuando intenta mostrar que ciertos mecanismos específicos no explican algún efecto físico concreto,¹⁸ pero hace *filosofía* cuando va más allá —se notará, a propósito, que esta última oración misma pertenece a la filosofía— a la filosofía de la ciencia.

La naturaleza evidentemente funciona en base a un “diseño” en el sentido de “legalidad física”, y tal diseño es lo que la ciencia quiere explicar. Pero la ciencia, por sí sola, no puede afirmar la existencia de un Diseñador. La ciencia *como ciencia* no va más allá de la naturaleza. Por otro lado, la *fe* religiosa, por definición, no puede “probar” racionalmente la existencia de un Diseñador. La fe *como tal* no se apoya en argumentos subordinados a la razón ni ex officio pretende explicar los procesos físicos.

Por lo tanto, si la argumentación racional coincide con de el método científico y si la religión queda más allá de la razón, existe un golfo infranqueable en la discusión: la razón científica por un lado y la fe religiosa por el otro— dos “magisterios que no se tocan”,

buques que se cruzan en la noche, ...
una mirada, una voz;
entonces la oscuridad, un silencio”.¹⁹

Pero la filosofía cruza el golfo. La filosofía de la religión, en efecto, media entre la ciencia y la fe, porque puede hablar *racionalmente* de un Diseñador. La filosofía de la religión no es ciencia porque su metodología no está abarcada por la naturaleza. El equipo legal citado arriba tiene razón: la defensa del diseño inteligente que va más allá de la naturaleza “no es ciencia porque no sigue las reglas básicas de la ciencia, no está basada en las explicaciones naturales, no es comprobable” (“en el laboratorio”)— esta proposición misma no es “científica”, sino que pertenece a la filosofía de la

¹⁷ Es significativo que en el segundo “Monkey Trial” uno de los primeros testigos que el equipo legal antidiseñista llamó a la tribuna fue un filósofo (R. Pennock, de la Universidad Estatal de Michigan).

¹⁸ Sería un ejemplo de la falsación científica: si una hipótesis debe conducir a algún resultado pero éste no se verifica, hay que descartar la hipótesis $[[p \dots q] \& \sim q] \dots \sim p$.

¹⁹ S. J. Gould: “nonoverlapping magisteria” o “noma” (ver G. Johnson, The New York Times, 27 de septiembre de 2005, p. D2); H. W. Longfellow, Tales of the Wayside Inn, 3.

ciencia. Es inútil, pues, usar tal restricción metodológica como argumento contra la afirmación de una inteligencia, porque la afirmación depende de argumentos racionales no “científicos” sino *filosóficos*.

Y no obstante, la filosofía de la religión *coincide con la ciencia* porque la filosofía de la religión sólo procede en base a la razón. Esta es la razón por la cual la filosofía de la religión no es fe religiosa: porque sólo procede en base a la razón. Pero se parece a la fe religiosa porque su alcance se extiende más allá de la naturaleza física (como también la epistemología, metafísica, ética, estética...).

Este punto —el lugar de la filosofía en la discusión política— parece básicamente sencillo, y se esperaría que fuera admitido fácilmente por todos— sea cual fuere su posición en torno a estos argumentos filosóficos. ¿Por qué, pues, los evolucionistas que quieren excluir toda mención de Dios en la clase de biología rehuyen la “filosofía”? Es claro que la clase de biología no debe convertirse en una clase de filosofía. ¿Pero hay que prohibir a los maestros observar que efectivamente existe hoy en día una “controversia” —pero *filosófica*— sobre estas cuestiones?

En todo caso, la inclusión de la filosofía sería la base —la única tal vez— de una solución práctica al problema político.